

ALGUNOS PROBLEMAS VIGENTES  
DEL FILOSOFAR DE JOSÉ GAOS

*Horacio Cerutti Guldberg*

Agradezco mucho la posibilidad de participar en nuestro Coloquio, porque esto me permite compartir algunos aspectos de mi interminable investigación sobre la obra de José Gaos (1900-1969). Modifiqué el título inicial para subrayar la dimensión de problemas. Sólo me detendré en algunas dificultades vigentes que nos brinda el legado gaosiano. Lo relevante de nuestro Coloquio es que no sólo nos permite mostrar lo que venimos investigando, sino que nos retroalimenta con las valiosas críticas y comentarios de quienes participamos y formamos parte de nuestro Centro de Investigaciones sobre América Latina y el Caribe. Y es que, sin diálogo no hay producción filosófica y, en general, podríamos decir que no hay ninguna producción intelectual relevante.

¿Podré alguna vez culminar mis estudios sobre José Gaos? No lo sé. Intuyo que no. Quizá nunca lo lograré del todo. Probablemente, por los paralelismos y diferencias con mi propia vida. No puedo olvidar que desde los sesenta del siglo pasado en que comencé a leerlo siempre sentí una cierta química, por así decirlo, con sus enfoques, reflexiones y legado. Cada vez accedo a más y mejores investigaciones sobre su obra, las cuales destacan y llaman la atención sobre sus interrogantes y pro-

puestas siempre sugerentes, provocativas, picantes. Recogerlas, absorberlas, digerirlas (¿antropofagia?), asimilarlas, adaptarlas e intentar rebasarlas y hasta ¡superarlas! Resulta un desafío al que no he podido renunciar durante años, los cuales han transcurrido cargando con el intento de hacer nuestra (mi) propia tarea, siempre acompañados por el maestro transterrado.

En un breve y conciso “Prólogo” a una antología de Gaos, decía, con su sutileza característica en mayo de 1990 desde Tlalpan, la querida Elsa Cecilia Frost (1928-2005):

Enfrentarse a la obra de José Gaos es —para quienes fuimos sus discípulos— empresa difícil y riesgosa. Y no tanto porque (aunque así pudiera pensarse) el cariño o la gratitud nos lleven a cerrar los ojos ante posibles omisiones o errores, sino porque la tremenda autocrítica que siempre distinguió al maestro se adelanta con notable y continua frecuencia a cualquier crítica ajena. Así, es probable que cualquier intento de análisis se encuentre superado de años atrás en alguna insospechada página de su extensa obra.

Con lo que se repetiría lo que tanta veces ocurrió en el seminario: llegar un alumno con algo que le parecía completamente original, sólo para encontrarse tras un rato de charla que de original tenía bien poco, o enterarse, años después de terminada su tesis, de que el tema de ésta había sido anunciado por Gaos casi desde su llegada a México.<sup>1</sup>

Y, para dejarme todavía más consternado, me dedicó el volumen con su bella caligrafía y palabras sumamente precisas, por si me faltaban exigencias de trabajo y dedicación obstinada: “Para Horacio, quien no tuvo la suerte de conocer al maestro, pero es también su discípulo. Elsa, 31-VIII-93”.

Así, mi propio trabajo se vuelve todavía más duro, difícil, complejo y exigente. Por supuesto, los detalles y el seguimiento

<sup>1</sup> Elsa Cecilia Frost, “Prólogo”, en José Gaos, *Obras Completas, El pensamiento hispanoamericano. Antología del pensamiento de lengua española en la edad contemporánea*. México, UNAM, 1993, t. V, p. 5.

cuidadoso de fuentes y valiosa bibliografía secundaria a la que he podido tener acceso forman parte de un libro en el que sigo avanzando.

No puedo dejar de mencionar ahora otra experiencia invaluable que los azares de la vida me brindaron. Nada menos que conocer y tener después el privilegio de ser invitado a trabajar junto con el discípulo más destacado y apreciado por el propio Gaos: Leopoldo Zea (1912-2004). Al maestro Zea lo acompañé en fecundas tareas muy instructivas como la creación de este Centro y en actividades internacionales que lo gestaron. Además, me permitió avizorar modalidades de participación en la vida pública que él siempre ejerció con toda responsabilidad, asumiendo sus riesgos y costos.

Me ha parecido conveniente, para los fines de esta exposición, retomar lo que, en terminología insuficiente, podríamos denominar el contexto del legado gaosiano en los tres niveles que sugiriera en su momento nuestro joven colega Roberto Mora, quien nos acompaña hoy en esta mesa, para examinar este entretejido o entrelazamiento de facetas a considerar: *a)* como época; *b)* como circunstancia personal; *c)* como referentes intelectuales.

Esto le permitió sugerir a Mora que: “Con esta base, es posible organizar el conocimiento de los autores de una manera más amplia que el simple estudio de la historia en la que vivieron y de la lectura de sus obras para resaltar ideas interesantes”.<sup>2</sup> Sin que, por supuesto, estos dos aspectos sean sin más descartables. Ante la imposibilidad de desarrollar aquí de manera exhaustiva este tratamiento, sólo quisiéramos destacar algunos matices de los aportes del maestro transterrado.

No podemos eludir el complejo marco político ideológico en que se desarrolló la obra de Gaos: Guerra Civil española,

<sup>2</sup> Roberto Mora Martínez, *Temas y problemas de filosofía latinoamericana*, México, CIALC-UNAM, 2012, p. 114.

exilio, la denominada Segunda Guerra Mundial, revolución institucionalizada, etc. Hoy nos encontramos en nuestro querido México en medio de una situación que agrava lo que se viene padeciendo desde hace ya tiempo. No se trata, en nuestra modesta opinión –como lo platicábamos por Skype con nuestro querido colega y amigo costarricense Jaime Delgado Rojas– de un “Estado fallido” que ve cómo se agravan sus fallas, sino de un Estado muy eficiente en sus dos objetivos básicos: corrupción y represión. Por supuesto, esto abre todo un ámbito de reflexión cuidadosa pendiente. En todo caso, aunque no es éste el lugar para hacerlo, no podemos dejar de expresar nuestra –la de las y los de abajo– indignación ante lo ocurrido (no sabemos todavía qué ha sido exactamente) en Ayotzinapa. Lo cual viene a sumarse a una larga lista de atrocidades indescriptibles pero inolvidables y ampliamente movilizadoras, aun cuando esto no garantice –para nada– la justicia debida. Aquí la academia –nosotros(as) como miembros de la misma– tiene una inmensa responsabilidad donde convergen dos aspectos: ayudar a explicar lo que ocurre y proponer alternativas efectivas para un mundo vivible con dignidad y plenitud humana. Ninguna de las dos tareas parece avanzar de modo contundente como sería deseable. Y no se trata de meras buenas intenciones, sino de compromisos responsables.

José Gaos, desde su posición liberal democrática, enfrentó académicamente los entresijos de su propia vida. Habrá que ver cómo y para qué. Pero, aquí conviene detenernos en su concepción de filosofar para abrir algunos de estos debatidos aspectos a la consideración conjunta.

Para filosofar adecuadamente no queda más que recuperar la dimensión histórica de lo filosofado –o pensado, tal como él mismo lo advirtió– con anterioridad. Por ello, la labor de reconstrucción historiográfica resulta decisiva y eso es lo que constituyó el núcleo de la Historia de las Ideas en su visión y ejercicio. En su esfuerzo, filosofar e historiar las ideas (siem-

pre principal aunque no exclusivamente filosóficas) resulta una articulación nodal. Aquí nos permitiremos recuperar unas arriesgadas observaciones que realizamos en el homenaje que se le hiciera con motivo del Centenario de su nacimiento en la Complutense de Madrid. Decíamos:

[...] más que por su pensamiento y por su obra, José Gaos influyó decisivamente por su actitud. Predicó con el ejemplo en dos sentidos fundamentales. Uno, considerando con todo respeto la labor de sus colegas y antecesores mexicanos y latinoamericanos. Hasta el límite de mostrar ese respeto y aprecio en su lectura rigurosa y en su crítica implacable [...] Dos, propiciando la creatividad en sus discípulos y alumnos.<sup>3</sup>

Esta actitud no es cualquier hábito rutinario o simple muestra de buena intención o gentileza, sino fruto de convicciones acendradas en relación con el trabajo intelectual y específicamente, el esfuerzo de filosofar, el cual resulta del diálogo, interlocución, debate, crítica, trabajo colectivo. Incluso o, mejor, precisamente porque suele ser visto como un aislamiento individualista y fuera de la realidad; hasta evasivo. Frente a ello, Gaos fomentó el trabajo en equipo, la discusión abierta y franca, siempre con inmenso respeto y apertura a argumentos y juicios ajenos, para situarse en las coyunturas correspondientes. Justamente, eso fue el alimento más fecundo de los seminarios frente a las clases magistrales. Lo cual no quiere decir que haya que despreciar dichas clases. Éstas pueden ser un buen instrumento en determinadas situaciones. Pero, el dogmatismo acrítico al que suelen asociarse es lo más nefasto que pueda imaginarse para el filosofar. Precisamente, porque

<sup>3</sup> “Herencia inalienable y fecundante”, Conferencia en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Complutense de Madrid, España, 19 de diciembre, 2000, en Horacio Cerutti Guldberg, *Experiencias en el tiempo*, Morelia, Michoacán, Jitanjáfora, 2001, pp. 29 y 30.

filosofar incluye cuestionar, preguntar, problematizar, examinar respetuosamente otros enfoques, vías, metodologías, visiones y hasta ilusiones.

Por lo tanto, la formación de discípulos no es una vía prefijada o una ruta tipo *in put-out put* incuestionable. De modo que, lo que exige es adecuarse a los anhelos, potenciales, búsquedas y capacidades de cada una y cada uno de quienes requieren apoyo. Eso puede rastrearse en las intensas y atribuladas relaciones —como siempre entre los seres humanos— del maestro Gaos y sus discípulos(as). De estas últimas poco se habla, pero fueron decisivas en su actividad. Pienso, además de la ya citada Elsa Frost, en Vera Yamuni Tabush (1917-2003), Laura Mues de Schrenk (carecemos de los datos precisos), quienes lamentablemente ya no están con nosotros, y en la Dra. María del Carmen Rovira Gaspar, quien sigue felizmente incansable, sólo por mencionar a aquéllas con quienes me unió y une una gran amistad e inmenso cariño. Esta importante dimensión del trato con sus discípulas ha sido poco examinada y requiere mayor atención.

Tampoco puede menospreciarse su independencia de la dimensión institucional. Expliquémoslo. Por supuesto que, sin el apoyo institucional, Gaos no podría haber sobrevivido. Sin embargo, puso sus convicciones por delante y no dudó en distanciarse de la “subordinación” o de la simple “sumisión” en sus responsabilidades institucionales. No era la cuestión de sólo quedar bien con quien manda —cuestión que seguramente tuvo que tomar en cuenta en más de una ocasión y con toda delicadeza...—, sino de cumplir a plenitud con sus obligaciones y compromisos adquiridos. Lo hizo como rector en la Universidad Central de Madrid (1936-1938) y lo hizo como catedrático siempre que tuvo esa función. Como miembro de la Casa de España en México (después Colmex) y en la UNAM. Revisar actualmente estas dimensiones es relevante porque muestran no sólo las cualidades de una persona como él, sino

también cómo ubicarse frente a esas tan difíciles y disímbolas coyunturas institucionales en las cuales siempre se está moviendo todo aunque parezca que todo permanece igual. Evidentemente, las situaciones no son las mismas ni se repiten así nada más. Sin embargo, examinar estos casos específicos sigue siendo una invitación estimulante para afrontar diversidades imprevistas –como sucede siempre– y ante las cuales hay que tomar posición quierase o no. Permite, si no claramente evaluar, sí calcular aproximativamente costos.

Y aquí conviene detenerse para indicar ciertos matices que quizá colocan en situación más difícil el quehacer de hoy. Nos referimos a las relaciones entre la academia e intelectualidad y el entramado político institucional. A la hora de la recepción del exilio español hubo una política cultural muy específica en juego. Sin embargo, hoy asistimos a una relación completamente desdibujada de estas dimensiones. En aquellos momentos, si bien se exigía –como característica reiterada– someterse, no dejaba de valorarse cierta independencia y autonomía intelectual que aportaba visiones y valoraciones probablemente útiles para el accionar dominante. Sin embargo, ahora la subordinación aparece como característica primordial y, por lo tanto, de cumplimiento inercial. Si quieres ser feliz como dices, no analices, no analices... Mientras menos cuestiones y más te subordinas, mejor te irá. Nada de cuestionar, interrogar, problematizar, indagar en lo referido a lo institucional estatuido. Lo cual pone en cuestión lo que el maestro Gaos esperaba de sus discípulos y practicaba él mismo.

La articulación entre filosofía y política se presenta así como algo inherente al filosofar. No se filosofa por simple gusto o afición. Se filosofa siempre en una situación específica, en una coyuntura particular, que pide, exige, reclama, demanda claridad, comprensión, sentido. Esta búsqueda de sentido está asociada al poder y al hacer. No queda restringida a un supuesto plano teórico independiente o “puro”. Eso no quiere decir que lo filo-

sofado sea reducible a ideología en su sentido más peyorativo. Tanto la dimensión ideológica como la exigencia de propuestas prácticas concretas van inextricablemente unidas al filosofar. Advertirlo, particularmente, para el caso hispanoamericano —como lo denominaba Gaos—, le llevó a proponer la noción de pensamiento. Pensar es ese filosofar siempre ligado a la praxis, donde la dimensión política adquiere su perfil más fino y delicado. Resulta admirable que el filósofo español transferrado mexicano enfatizara en este aspecto. Aunque no es nada raro, porque su vida transcurrió en medio de esos avatares.

Revisar su obra y releerla desde nuestra conflictiva y exasperante situación, aporta fecundos enfoques para repensar, re-actualizar y re-actuar responsablemente en los ámbitos de la Antropología Filosófica, la Filosofía Política, la Ética, la Estética, la Filosofía de la Religión, de la Educación, del Derecho, de la Cultura, etc. Lógica, Metafísica, Ontología resultan también valiosamente reconfiguradas en el quehacer del maestro transferrado.

Por cierto, las relaciones con sus discípulos no fueron ingenuamente fluidas. Hubo de todo. Y, curiosamente, lo que más le afectaba es que se dedicaran a la política, porque consideraba que la política alejaba y hasta bloqueaba la creación intelectual. Múltiples casos brindan detalles en los que no podemos detenernos ahora aquí. Algo semejante, quizá con una cierta dosis de machismo de la época (¿hasta qué punto hoy sigue subyaciendo?), lo llevó a impacientarse con sus discípulas, porque sentía que las formaba para... que se casaran. Lo cual, lo desquiciaba. Muchas aristas contienen estas relaciones a las que convendrá examinar oportunamente y con todo detalle.

Por cierto, si de algo no careció todo el esfuerzo de José Gaos fue de lo que señalara Elsa Frost: crítica y autocrítica. Ejercidas y transmitidas en toda la medida de sus posibilidades como maestro, amigo, interlocutor, disputador, cuestionador.

Y, por si todo esto no fuera más que suficiente, todavía hay más detalles que examinar, específicamente en cuanto a las políticas oficiales del gobierno mexicano respecto de los exiliados y en cuanto a las políticas culturales y académicas puestas en marcha. Sus consecuencias las apreciamos ahora y en múltiples ocasiones se pierde de vista cuáles fueron sus orígenes, de dónde surgían y hacia dónde pretendían dirigirse.

Si volver al legado de José Gaos nos ayuda, ya queda más que validado cualquier esfuerzo al respecto. Y no hay de qué arrepentirse, porque nada de lo dedicado a su aporte redundará en tiempo perdido. Al contrario, se gana en precisión, acuciosidad, vislumbres y sistematicidad exigible, al paso de un ensayismo siempre riguroso y sin concesiones ante las imprevisiones, espontaneísmos y dislates. Rigor a su manera, en modalidades indispensables, acompañan estas búsquedas fecundantes.